

NUESTRO FOLKLORE



Alegoría de la primavera. Tapiz.



Noche de mayo. Huetos, 2015.

FOTOS: JOSÉ ANTONIO ALONSO

Viejos ritos, nuevos retos



JOSÉ ANTONIO
ALONSO
Etnólogo

En relación al alcance del término “folklore”, hay variadas opiniones. Algunos restringen su uso, prácticamente, a las manifestaciones tradicionales de música y danza. Muchos empleamos esta palabra de forma genérica, refiriéndonos al sentido primitivo que su creador, el arqueólogo inglés William Thomson, le quiso otorgar en 1846, cuando unió los dos términos ingleses: “folk” -pueblo- y “lore” -saber, conocimiento- que, reunidas en un solo término, vienen a significar algo así como saber popular o cultura popular y por extensión las manifestaciones de dicha cultura popular.

De entonces a esta parte, la palabra y su significado han experimentado variadas revisiones y opiniones, pero no es éste el lugar para recogerlas; sí para aclarar, como ya habrá podido observar el lector de esta sección de “*Nuestro folklore*”, que la visión del que esto escribe va más allá de lo que la música y la danza, por importantes que sean, suponen dentro de la cultura popular y tradicional de nuestras gentes. También se habrá advertido que no concebimos el folklore como una mera disciplina del pasado, sino como un conjunto que se renueva continuamente, porque, cada día que amanece, la sociedad va cambiando y con ella sus manifestaciones culturales.

Los cambios siempre han estado presentes en el devenir histórico, pero hay épocas en las que han sido especialmente vertiginosos -véase, por ejemplo las revoluciones neolítica o industrial-. La gente de mi generación hemos sido testigos y protagonistas de los cambios de la llamada “era digital” y, en ocasiones, hemos pasado de los procesos artesanos de la producción a las tecnologías punta. Lo digo ahora, mientras escribo estas palabras, a golpe de tecla en mi ordenador, con el recuerdo de mi primera escuela serrana de pupitres, pizarrines, plumas y tinteros. Muchas cosas han cambiado en este medio siglo largo



Bailando se entiende la gente (Grupo Chabarra).

transcurrido: entonces la mayor parte de la población vivíamos en los pueblos, hoy la mayoría vivimos en las ciudades; la cultura de nuestras gentes se transmitía boca a boca, por tradición oral, hoy se tiende a fijar en distintos soportes -libros, publicaciones digitales, etc.-, y una parte importante de nuestras tradiciones se transmiten en las escuelas, en los centros sociales, etc.

Pretender que nuestro folklore sea igual que el de nuestros bisabuelos resultaría bastante absurdo, pienso yo; pero conviene que los cambios se hagan con el mayor conocimiento posible de lo que la tradición supuso, con ayuda de una base documental. A partir de ahí cada colectivo humano hará con sus fiestas, con sus ritos y costumbres lo que considere más oportuno, que para eso son suyos. Uno de los rasgos que nos distinguen de nuestros antepasados es la capacidad de estudio y de reflexión sobre nuestro folklore. No digo que antes no existieran, pero ahora han aumentado. Hay jornadas y encuentros, museos y exposiciones, asociaciones y fundaciones. Todo ello puede ayudar a reflexionar sobre nuestra cultura, a proteger nuestro patrimonio. En este sentido, los colectivos y las instituciones que nos representan pueden jugar un papel importante, pero la **savía que mueve la tradición** por los ríos de la vida debe transcurrir libre por su cauce, y hasta fuera de él, si esa fuera la decisión de sus protagonistas, para que siga alimentando las ramas de nuestros

frondosos árboles patrimoniales.

Ya hemos dejado constancia, en estas columnas, del fenómeno de **urbanización** que está experimentando el folklore de nuestra provincia, similar a lo que ocurre en otras, y fruto del trasvase poblacional de la ciudad al campo. Antes de seguir quisiera decir que, en mi opinión, la labor de los estudiosos, como es nuestro caso, debe parecerse más a la del cronista y notario que a la del vigilante. Pero nuestra sociedad no puede, ni debe olvidarse, de la dimensión reflexiva y crítica de lo que va pasando, también en relación a nuestro patrimonio cultural tradicional e inmaterial.

Nuestra sociedad depende cada vez menos de los ciclos naturales. Hemos aprendido, con mejor o peor tino, a controlar y dosificar el agua, la energía y los recursos, al menos relativamente, aunque también ha aumentado la presión sobre el medio natural. Nuestros ancestros adoraban los árboles y las fuentes. La primavera era una estación llena de ritos populares. En la mentalidad mágica, las fuerzas de la naturaleza eran divinizadas porque la vida, según sus creencias, dependía de ello. Esa es la explicación básica de los **ritos de mayo**, en los que se elegía, y todavía se elige hoy, un árbol alto y recto del campo, para plantarlo en la población. En torno a esa creencia giraban otros ritos de fecundidad: el canto de los mayos y el emparejamiento de mozos y mozas, los altares de las mayas, etc. que tenían como objetivo fundamental el **emparejamiento** y

las bodas posteriores para la continuidad del ciclo reproductivo. La cosa no terminaba la noche del 30 abril. Una vez aceptado por la moza el emparejamiento con su “mayo” correspondiente, se trataba de empezar un **periodo de prueba**, que muchas veces incluía algún regalo de las mayas. Y después comenzaba el rodaje, un periodo en el que la pareja se obligaba a bailar juntos, públicamente, durante un tiempo determinado. En ese baile se hablaba, se intimaba y, si la cosa iba bien, se formalizaban las relaciones. Durante siglos, seguramente, este fue el rito que dio inicio a las relaciones de pareja en muchas localidades, en cada una con sus variantes, sus tiempos y su costumbre.

Ya comenté en su día *Introducción al folklore de Albalate de Zorita*, cómo en esta localidad alcarreña se tenía por costumbre obligada, el regalo del “hornazo”, una especie de bollo de 4, 6 y hasta 12 huevos, según las economías, que la madre del novio llevaba a casa de la novia, el Domingo de Pascua, todos los años que duraba el noviazgo, como símbolo de reconocimiento y de aceptación. De no ser así, era señal de lo contrario y las relaciones se daban por finalizadas.

Los tiempos han cambiado muchísimo y, hoy en día, muchos ritos antiguos han perdido algunos de los objetivos que tenían. Los nuevos tiempos han modificado las viejas costumbres y creado otras nuevas, pero “eso ya es harina de otro costal...”.



TRIBUNA ABIERTA

PEDRO VILLAVERDE
MARTÍNEZ

Esperanza y preocupación

Cuando esto escribimos recién terminada la Semana Santa, brillante en cuanto a su celebración en las calles y las iglesias, caemos en la cuenta de que los días pasan y el tiempo parece seguir huyendo no sabemos de qué. La primavera se va haciendo paso con sus días mejores, y ahora peores, según las previsiones que escuchamos del tiempo. Si ya el pensador escribió aquello de *si quieres ser feliz no analices, muchacho, no analices* no vamos nosotros ahora a meternos en camisa de once varas, como dice el vulgar refrán porque motivos hay para la preocupación inmersos en una guerra de larga duración e imprevisible deriva, como de esperanza porque es lo último que se pierde y el consuelo siempre de la humanidad. Hoy tan sólo un canto o mejor deseo, en primavera que trae un paisaje nuevo y mejor que debe hacernos esbozar una sonrisa.

Quiero aquí tener un recuerdo hacia ese pequeño pueblo que me vio nacer, Huertapelayo, y que siempre cada cual lleva dentro el suyo aunque se encuentre lejos como dice la canción del emigrante. Nos mandan fotos por el móvil y nos cuentan de la celebración de estos días santos, con quema del judas, oración en la iglesia a cargo de una joven monja que bajó el Jueves Santo y sobre todo de mucha alegría en la calle con algarabía, buen tiempo y ganas de disfrutar de días más largos, de la belleza y la paz de aquellos parajes y del siempre merecido momento de descanso y ocio. A partir de ahora, como en otros tantos o casi todos los pueblos de nuestra provincia donde los inviernos son duros, largos y solitarios llega la gente, la esperanza, el renacer. Esos brotes que la primavera nos ofrece seguro que cambian el paisaje, que vemos un tanto oscuro, por otro más esperanzador.

La primavera es, además de alegre por el despertar de la naturaleza, como muy bien nos cantan los poetas, tiempo para la luminosidad..., pero acordémonos del poeta cuando dice...*yo que me afano y me desvelo*. Dejemos, pues la poesía para los vates y disfrutemos de esta primavera junto a la esperanza de que sea portadora de tiempos mejores que falta hacen aunque por lo menos vamos dejando atrás esa pandemia que tanto daño ha hecho.

.....